

PiNOCHO

AÑO. III
NUM. 130

25 cts

14. AGOSTO
1927

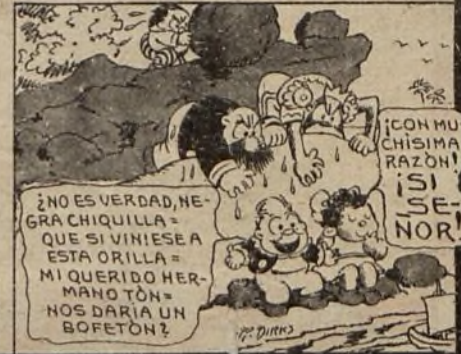
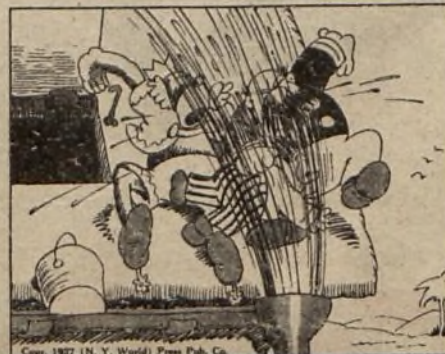
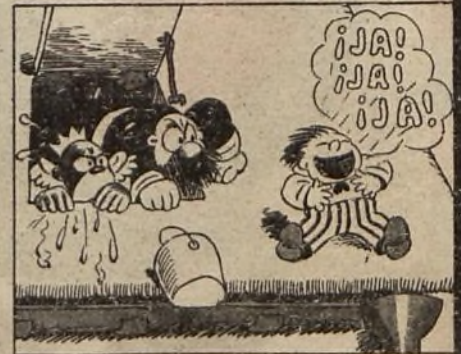


- SEÑORA CORRETÓN, ME HA DICHO EL LECHERO QUE DESDE QUE NO COMPRA USTED EN SU TIENDA QUE LA ECHA MUCHO DE MENOS.
- PUES DILE QUE CUANDO ME ECHABA DE MENOS ERA CUANDO LE COMPRABA.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.- SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL TÍGRIE DEL MAR

CUENTO POR EMILIO SALGAR

(Continuación).

—Confiemos en Dios, Cardal.

—Y también en la resistencia del navío.

A las once, repetidos relámpagos iluminaban el firmamento a través de las espesas nubes, y los truenos iban en *crescendo* de un modo espantoso.

El *Giralda*, rechazado de un lado a otro por las formidables olas que le batían, se balanceaba locamente, hallándose tan pronto en la cumbre de aquellas montañas, como en lo más bajo y profundo de ellas.

La cubierta se hallaba inundada y el agua lo invadía todo, rompiendo barriles y cajas; todo lo había mojado y destruido.

De vez en cuando alguna ola rompía contra los costados del barco, llegando hasta el toldo con un ruido ensordecedor.

El capitán y el contraaestre hacían esfuerzos desesperados para mantener la nave en buen rumbo; pero no siempre lo conseguían.

Empujada por el viento, que soplabá con furia tremenda, y batida por las olas, cada vez más imponentes, andaba sin rumbo fijo, pues no podía obedecer ya al timón. Se balanceaba, inclinandose tan pronto sobre babor como sobre estribor, embarcando cada vez más agua.

El espectáculo era horroroso y el miedo empezaba a apoderarse de la tripulación, sobre todo cuando, a la luz de los relámpagos, veían nadar y mecerse en las olas la bandada de los feroces escualos.

A media noche, cuando más arreciaba el temporal, se oyó una voz que gritaba: —¡Tierra a proa!

Pero la proximidad de la tierra en aquellos momentos en que el barco era juguete de las olas no anunciaba la esperada salvación, sino que, por el contrario, era un nuevo peligro que amenazaba; quizás la perdición y la muerte.

El capitán se había apresurado a dar la orden de viraje, para cambiar el rumbo; pero en aquel preciso instante se oyó un grito desesperado de Cardal, que anunciaba una nueva desgracia.

El capitán se dirigió precipitadamente a popa.

—¿Qué pasa, Cardal?—preguntó.

—Que el timón ya no funciona—respondió el viejo con voz angustiada.

—¿Es que se ha roto la rueda?

—Lo que ocurre, según mi parecer, es que las olas lo han destruido todo.

—Pues entonces sí que estamos perdidos—contestó el capitán—, y la costa de Cuba se halla ante nosotros.

—No evitaremos por ello la catástrofe.

—Pero al menos...

No había tenido tiempo de acabar la frase, cuando se oyeron unos ruidos espantosos procedentes de la parte de proa.

Parecía que, por fin, las olas se habían precipitado sobre el barco, penetrando en la escotilla.

El *Giralda*, mientras tanto, huérfano de toda dirección y medio inclinado sobre el costado de estribor, seguía derivando a la ventura, flotando sobre las gigantescas olas, que arrancaban lúgubres crujidos al maderamen, pareciendo lamentos proferridos ante la insinuación de su próximo fin.

El capitán y Cardal se hallaban refugiados en la proa, mientras que los marineros corrían, despavoridos, por la cubierta.

A la luz de un relámpago, los dos viejos lobos de mar pudieron distinguir una serie de escollos, contra los cuales rompían las olas con desenfrenada furia, y detrás de ellos, a unas tres millas de distancia, se divisaba la costa de Cuba.

—¡Estamos perdidos!—exclamó el capitán, que se había puesto pálido como un difunto—. Sí; el *Giralda* está a punto de destruirse sin re-

medio. Dentro de unos minutos se estrellará contra las rocas. ¿Crees tú que sería conveniente intentar alguna maniobra, aunque no fuera más que para retrasar el momento de la catástrofe inevitable?

—No, capitán. Además, no creo que la tripulación se halle en estado de obedecer órdenes.

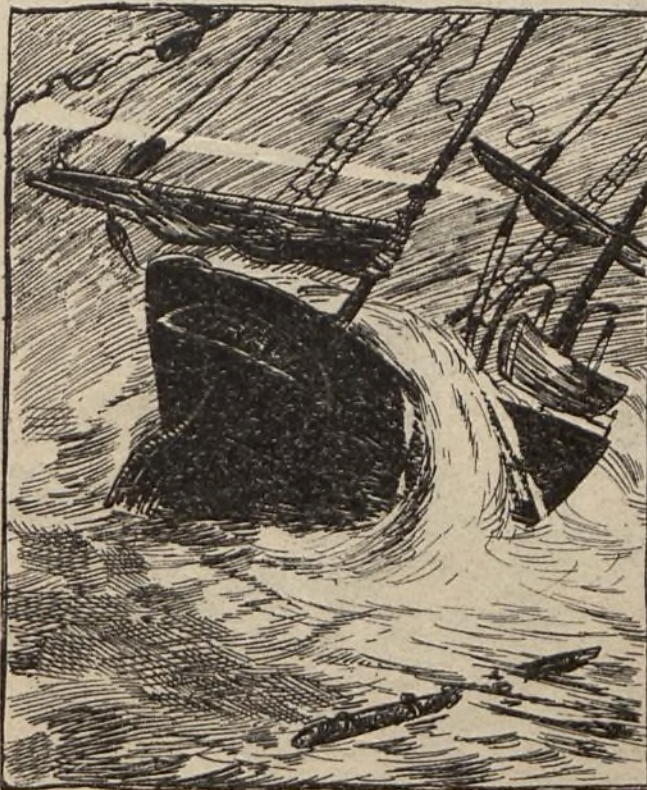
—Entonces, no nos queda más remedio que prepararnos a recibir el tremendo choque.

—¿Y los botes?

—Ni pensarlo, Cardal. Las olas les tragarían enseguida. Vamos a plegar las velas para disminuir la marcha y aminorar el golpe.

Se dió la orden para ello; pero, como había previsto Cardal, fué inútil; nadie acudió a ejecutarla.

Los marineros, locos de terror, no obedecían más que





a su instinto. Se habían agrupado cerca de los botes, estando dispuestos a botarlos al agua en el momento que consideraran inevitable el naufragio, y eso, a pesar de estar convencidos de que no podrían resistir el ímpetu de las encrespadas olas.

Un poco después de media noche, el *Giralda*, empujado por el viento, se hallaba a unos cuantos metros del escollo.

Las olas rugían, embravecidas, rodeando al pobre navío, condenado irremisiblemente, y parecían empeñadas en destruirle aun antes de que se estrellara contra las rocas del arrecife.

El capitán y el contra maestre, refugiados en el castillore de popa, miraban con espanto ante sí la costa cubana, esperando, acongojadísimos, la inevitable catástrofe.

El choque fué tan tremendo, que el palo trinquete y el bauprés se vinieron abajo.

El agua invadió la cubierta, mientras los flancos de la pobre nave se abrían sobre las rocas con un estruendo ensordecedor.

A través de las olas, que se precipitaban sobre la toldilla, el capitán y el contra maestre pudieron distinguir, aunque confusamente, los marineros agrupados ante los botes.

—No abandonéis el *Giralda*—gritaronle ambos—; o, por lo menos, esperad que apunte el día.

Pero fué todo inútil.

Un momento después, uno de los botes se destacaba por estribor, cargado de hombres, y casi al mismo tiempo, otro.

Apesar del ruido del oleaje y los silbidos del viento, el capitán y el contra maestre oyeron unos gritos desesperados. ¿Qué habría ocurrido? ¿Se habrían estrellado también los botes contra el arrecife, o habrían conseguido seguir adelante?

El viejo Cardal, desafiando el peligro, salió del castillo, dirigiéndose a popa y tomando la precaución de agarrarse fuertemente a la banda del barco, para no ser arrastrado por un golpe de mar.

Cuando volvió traía la cara descompuesta por la emoción.

—Capitán—exclamó, con voz ahogada—, temo que los desgraciados compañeros hayan sido lanzados por las olas contra el escollo y devorados después por los tiburones que nos venían siguiendo.

—¿Has visto tú alguno?—preguntó el capitán con ansiedad.

—Sí, los he visto hacer esfuerzos desesperados ante las rocas.

—¿Has oído algún grito?

—No, señor.

—¿Te has fijado si quedan vestigios de los botes en el escollo?

—La oscuridad me ha impedido verlo.

—Es casi seguro que los infelices se habrán ahogado—replicó el capitán, dejando escapar un sollozo.

—Y nosotros no tardaremos mucho en seguirles—respondió el contra maestre.

—Todavía no he perdido del todo la esperanza. La nave está empujada en las rocas, y si el temporal amaina un poco y las olas no destruyen lo que queda de ellas, al ser de día tal vez podamos intentar llegar a Cuba, y hasta es posible que lo consigamos.

—¿En una balsa?

—Sí; por de pronto vamos a subirnos a la gavia del palo de mesana para que no nos alcancen las olas y evitar que nos arrastren al mar.

El consejo no podía llegar más a tiempo, pues el mar parecía cada vez más embravecido y las olas barrían la cubierta, rompiéndolo todo.

El capitán y su compañero, aprovechando un momento favorable y agarrándose a lo que podían, lograron, por fin, llegar a la gavia, especie de meseta circular que se halla casi a la mitad de los palos y que puede servir de refugio para cuatro o cinco personas.

Desde aquella altura, el espectáculo que ofrecía el mar era espantoso.

Se veían olas gigantescas persiguiéndose unas a otras en loca carrera, acabando siempre por precipitarse

sobre el infeliz navío retenido por el escollo.

El pobre *Giralda* quedaba cada vez más destrozado y parecía que su popa se iba incrustando cada vez más en las rocas.

Por sus flancos abiertos penetraba el agua en gran cantidad, invadiendo el rollado, del cual salía de vez en cuando, empujado por el agua, algún cajón o barril de los que formaban el cargamento.

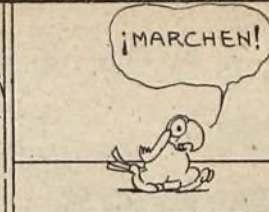
El capitán y el contra maestre, agarrados fuertemente al cordaje, miraban con ansiedad al pobre barco, temiendo que, de un momento a otro, quedara deshecho por completo sobre las rocas.

El palo que les sostenía temblaba todo él cada vez

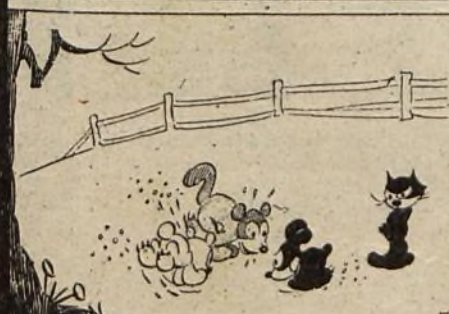
(Concluirá en el número próximo).



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



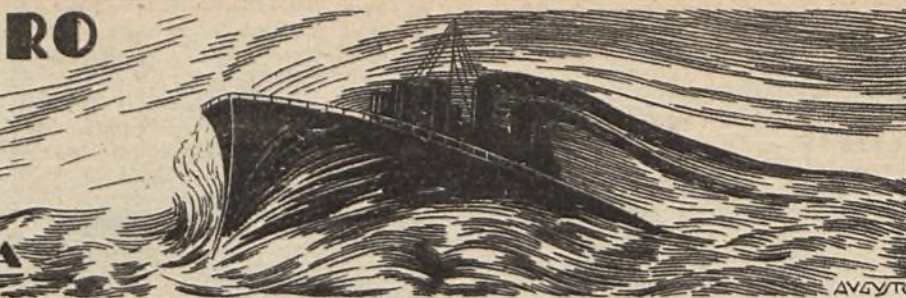
PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



© 1927, by King Features Syndicate, Inc.
Great Britain rights reserved.

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación)

La velocidad que había alcanzado el crucero era tan grande, que obligaba a pensar que de un momento a otro iría al fondo o saltaría por el aire con el formidable estallido de una mina, hecho pedazos por la enorme presión de sus fuertes calderas.

¿Perseguirle?

Era absurdo, imposible, inútil.

Ni aun los rayos luminosos de los reflectores de aquellos barcos que se aprestaban a intentar la empresa, conseguían tenerle a su alcance.

No quedaba, pues, más que abandonar al barco pirata a la casualidad, enviándole un último saludo; y, efectivamente, la artillería gruesa de cinco buques bombardearon durante algunos minutos, a la ventura, el Océano, vomitando hierro y fuego contra un fantasma que desaparecía como arrastrado por un poder infernal contra el que no era posible luchar.

Los barcos de guerra anclados en el puerto no habían tenido siquiera tiempo de moverse, tal era a bordo la confusión de voces, exclamaciones, órdenes y contraórdenes.

Por fortuna, aunque el *Thunderbolt* había sufrido por segunda vez una tremenda derrota, mientras su adversario se ponía en salvo, su comandante, el capitán Davy y Patrick habían salido incólumes de aquella tempestad de proyectiles que había caído sobre el infeliz acorazado.

—¡Ah, me parece que esta vez no se salvan aquellos malhechores!—murmuró el joven marinero, mientras los otros dos corrían a prestar auxilio a los heridos que se quejaban en el puente o junto a las baterías—. Si, librate de nuestro buque, maldito crucero; vas herido de muerte y no podrás escapar del huracán que va a desencadenarse sobre ti y se puldarte en el abismo.

¿Fueron proféticas estas palabras de Patrick?

Algunos días después llegó a Sydney un vapor americano, cuyo comandante se apresuró a llevar al Consulado de los Estados Unidos las patentes y el diario de a bordo.

En este diario, obligatorio para todos los buques, había sido escrita la siguiente noticia:

«Durante el huracán que ha perturbado por dos días el Océano Pacífico, señalase el encuentro de un buque de guerra, que tenía apariencia de crucero, de cuya nacionalidad fué imposible cerciorarse.

La situación de este barco parecía muy crítica; estaba medio sumergido, sin mástiles, destruido el puente, luchando desesperadamente, pero con visible falta de éxito.

Ninguna señal de auxilio; por otra parte, hubiera sido exponerse a pérdida segura intentar socorrerle.

Fueron vistos cadáveres flotando entre las olas; uno de ellos, por un fuerte golpe de mar, fué lanzado a bordo: era el cuerpo de un hombre de cuarenta años, próximamente; alto, fuerte y vigoroso, con larga barba negra y tigo inglés o irlandés.

Vestía una especie de uniforme de marino, con polainas y raras insignias, teniendo parte del rostro oculto por un antifaz.

Todo hace suponer que el desgraciado pertenecía a la tripulación del buque naufrago.

En cuanto a la suerte corrida por éste, no cabe duda: debió sumergirse dos o tres horas después, perdiéndose personas y bienes.»

La noticia fué comunicada inmediatamente a las autoridades inglesas y a los comandantes de los barcos.

Al oír la del capitán del *Thunderbolt*, cuyo buque había sido remolcado al puerto, Jaime Davy y Patrick, se miraron, sin pronunciar palabra.

—¡Ellos son!—exclamó, al fin, el primero, con voz grave—. El *Crucero sin nombre* ha dejado para siempre de existir y su tripulación duerme ahora el sueño eterno en aquella tumba inexplorable que constituye el fondo del Grande Océano.

¡Amigos míos, ha sido hecha justicia!

El capitán Davy y el bueno de Patrick inclináronse en silencio; una vaga tristeza oprimía su corazón.

—No nos queda más que volver a Batavia y recoger a Ellen para regresar a Inglaterra—dijo el capitán Davy, que había quedado sólo con su marinero—. Soy pobre, y me encuentro quebrantado por la fatiga y las desdichas experimentadas.

Patrick, amigo mío; me miras con aire de afectuosa interrogación.

Si, Ellen te pertenece; te la doy así: pobre y buena; hazla feliz.

El joven, vivamente conmovido, tomó la mano que le tendía Jaime Davy y la estrechó contra su corazón, mientras en su alma se hacía a sí mismo un solemne juramento: el de unirse a miss Ellen tan sólo el día en que pudiera presentarse a ella y decirle:

—Ya no soy el humilde marinero Patrick, sino el capitán Patrick Endrecht.

Había transcurrido un mes desde los últimos sucesos referidos.

La situación de nuestros personajes era la siguiente:

Sin noticias de Alberto Wendover.

Sin noticias de miss Polly Lobster.

Sin noticias del presidente de los fenianos.

Sin noticias de Mop.

Sin noticias de Black.

Mr. Flaxman, terminada ya su misteriosa misión cerca de los Estranguladores, había vuelto a Londres, donde seguía disfrutando el producto de sus varios delitos, seguro de la más absoluta impunidad; por lo menos, así era de suponer.

Si hay alguien que puede dormir, como se dice, a pierna suelta, éste sería aquel canalla, pues motivos tenía para ello, ya que la suerte parecía haber desviado todo peligro de encima de su cabeza.

El capitán Davy, su hija y Patrick, después de haber disfrutado, con la moderación de la gente bien educada, de la hospitalidad que les habían dispensado el Cónsul inglés en Batavia y su señora, la cual se había encariñado con miss Ellen como si fuese una hija, habían tomado tres plazas a

bordo de un trasatlántico que se dirigía a Europa, habiendo decidido volver a Inglaterra.

El día fijado para la partida era el 16 de Agosto; la tarde de aquel día, pocas horas antes de levar anclas, encaminábase al muelle nuestros tres amigos, acompañados por el Cónsul.

Todos callaban: la emoción les embargaba.

En el momento de subir a bordo, Patrick dirigió una mirada en derredor llena de tristeza, y suspiró.

—¿Qué tenéis, amigo mío?—le preguntaron al mismo tiempo el Cónsul y el capitán Jaime Davy.

—Pienso en un querido compañero que hemos perdido—respondió el joven.

—¡Black! —dijo con pena miss Ellen, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¡Ah, sí, aquí queda el valiente alano, quién sabe en qué manos!

¡Amigo inestimable!...

—¡Pobre Black!

Apenas habían sido pronunciadas tales palabras, cuando una especie de bólido viviente y jadeante saltó por entre los grupos de coolies, de pasajeros y de marineros, derribó a dos muchachos, cayó en medio de nuestros cuatro personajes y dió principio a una extraordinaria pantomima a base de contorsiones, saltos, meneos de cola, porque el tal bólido estaba provisto de tan importante apéndice, y fuertes lenguetas, distribuidas con estupenda prodigalidad.

Miss Ellen, su padre, Patrick y el Cónsul inglés pasaron sucesivamente y con rapidez, de la inquietud al estupor y de éste a una alegría que pronto se tradujo en exclamaciones y caricias.

Fácil será comprender tal sucesión de sensaciones cuando se sepa que aquel bólido viviente, provisto de cola y lengua, era nada menos que el más hábil, generoso, desinteresado y cariñoso de los perros: Black, sí, señor; Black en persona... perdón, en carne y hueso, el cual, como el lobo de la fábula, se presentaba en el momento preciso en que sus dueños hablaban de él en los términos arriba consignados.

El suceso, es preciso confesarlo, tenía algo de milagroso.

¿Cómo había podido Black, después de tanto tiempo, hallar el rastro de sus amigos y encontrarse allí precisamente en el momento en que iban a dejar, quizás para siempre, Java y su capital?

¿Cómo había vivido hasta entonces el pobre perro?

¿Se había colocado con un nuevo amo que había sabido apreciar sus incomparables cualidades, o había vivido a la ventura, en una miserable vida errante?

Instintivamente, el capitán Davy, Patrick y miss Ellen giraron en derredor una indagadora mirada, y una exclamación de viva sorpresa escapó de sus labios.

A pocos pasos hallábase un hombre aún joven, pero de aspecto grave, que les contemplaba con interés, inmóvil y como si titubease.

—Aquel hombre...—dijo el capitán Davy.

—Es Mop—añadió Patrick, palideciendo.

—Sí, yo soy—repuso entonces aquél, acercándose, al mismo tiempo que se quitaba, con aire de profundo respeto, el sombrero de anchas alas que le cubría parte del rostro.—¿Señores, quizás os maravilla mi atrevimiento...?

—En efecto...

—Perdonadme—prosiguió enseguida el ex-ladrón—; tengo noticias de gran importancia que comunicar al capitán Davy, por lo que le ruego me conceda unos minutos de conversación.

El capitán Davy avanzó algunos pasos.

—Vos queréis hablarme—dijo con ira—; vos, el amigo, el esclavo de aquel hombre, de aquel malvado que...

—Perdonadme, lo repito, pero es necesario.

—¿Y no teméis que yo proclame quién sois, que revele vuestros delitos, que os haga detener?

—No, no lo temo.

—¡Oh!

—Sois demasiado noble para hacer tal cosa con quien viene a vos para redimirse de su propia culpa, para ofreceros reparación del mal que os he causado, para pedir os humildemente perdón de un tremendo error.

El capitán Davy se sobresaltó.

—¿Hablaís de un error?—preguntó, sintiendo interés a su pesar.

—Sí, y tremendo.

—Explicáos.

—Estoy aquí para obedeceros.

—Un error... ¿y quién lo ha cometido?

—Dos hombres.

—Nombradlos.

—Uno está delante de vos.

—¿Y el otro?

—Es Alberto Wendover.

El capitán Davy arrugó el entrecejo y quedó pensativo durante algunos momentos; luego dió un suspiro y continuó:

—Basta; quiero olvidar el pasado, y no puedo hacerlo mejor que perdonándoos a vos y al alma de aquel desgraciado que Dios ha castigado sepultándole con su barco en el fondo del Océano.

Adiós, pues; podéis retiraros tranquilo: os perdono, y, por lo tanto, no os denunciaré.

Oid: la última señal para embarcar; apresurémonos a subir a bordo.

Mop le agarró por un brazo.

—No partáis—le susurró al oído.

—Pero...

—Tengo algo más que comunicaros, y estoy convencido de que, cuando lo hayáis oído, me agradeceréis haberos detenido.

El capitán Davy hizo un gesto de impaciencia, pero el ex-ladrón no se desconcertó, y, como si fuese la cosa más simple del mundo, dijo:

—Alberto Wendover no ha perecido en el naufragio del *Crucero sin nombre*.

Vive; está en Batavia, y arde en el deseo de veros, de hablaros, de daros aquellas explicaciones que un día rechazásteis, y, sobre todo, para devolveros la fortuna de que él, en virtud de una venganza inspirada por el fatal error de que os he hablado, os había privado.

No temáis insidias; podéis tomar las precauciones que juzguéis más oportunas.

Seguidme.

Y Mop hizo ademán de marchar.

—Esperad, díjole Jaime Davy.

—¿Para qué?

—¿Debo creer cuanto habéis dicho?

—Sí; hacedme detener, matadme, si sospecháis que he mentido.

Pero haríais mal en no creerme: ¿qué interés tendría yo en engañaros? Fuí ladrón, es verdad, pero ahora soy persona honrada, execero con toda el alma mi pasado y procuro redimirme de la mejor forma posible.

Venid, *mister*, os lo suplico por vuestro interés.

Había tal acento de sinceridad dolorosa y de verdad en las palabras de Mop, que el capitán Davy ya no dudo de él.

Volvióse a sus acompañantes y dijo:

—Ellen, Patrick, no nos vamos; es necesario seguir a ese hombre.

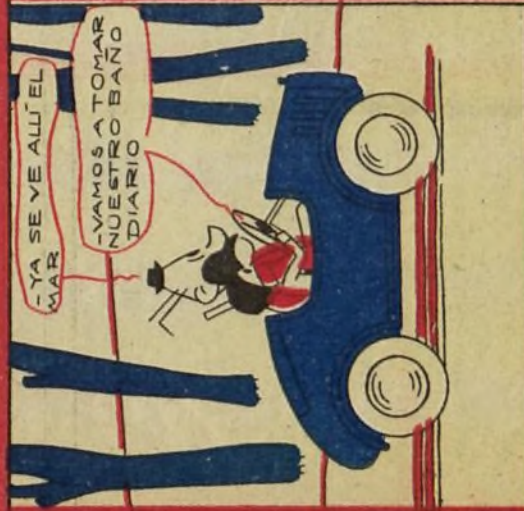
Al momento iluminóse la cara de Mop con una sonrisa de vivísima alegría; el buen ladrón se inclinó en señal de agradecimiento y echó a andar, algunos pasos delante de los tres amigos y miss Ellen, a cuyo lado iba el insuperable Black satisfecho de haber vuelto a encontrar a su ama.

Los méritos hechos por el excelente alano eran tan numerosos, que obligaban a considerarle en adelante como el mejor de los amigos. Animados de este mismo sentimiento, el capitán Davy y Patrick se acercaron a Mop, el cual no osaba dejarse acompañar por ellos.

(Continuará en el número próximo).



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



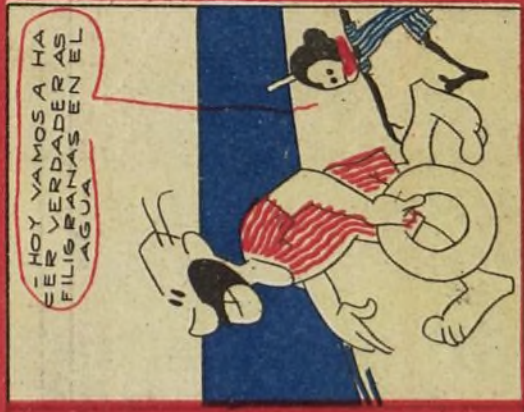
-YA SE VE ALLI EL
MAR

-VAMOS A TOMAR
NUESTRO BANO
DIARIO



-¿QUE VALE EL AL-
GULER DEL SALVAVI-
DAS?

-UN REALITO



HOY VAMOS A HA-
SER VERDADERAS
FILIPINAS EN EL
AGUA

-SIENTOUN PICORCITO
EN UN PIE...

-ALGUNA PULGA
DE AGUA DON
TURULATO

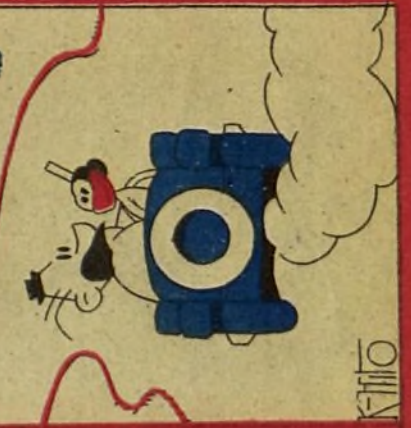
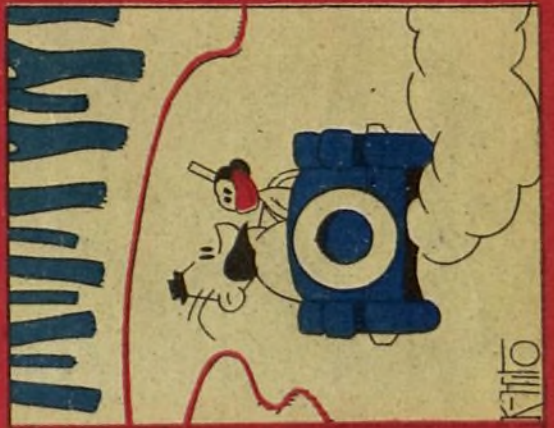
¡EH! ¡PCHS!...¡EH!
¡QUE SE AHO-
GA ESTE HOM-
BRE!

-NADA CURRIN-
CHE, NO TE ASUS-
TES, HE SALVADO
LA VIDA A ESTE
POBRE CANGRE-
JO QUE SE ESTA-
BA AHOGANDO.



-YO CREO QUE
LE DARAN A V
LA MEDALLA
DEL SALVAMEN-
TO DE NAUFRA-
GOS.

¿DE MODO QUE HAY QUE
DEVOLVER EL SALVAVIDAS
PARA TENER QUE SOLTAR
MAÑANA OTRO REAL? ¡CA!
NOS LO VAMOS
A LLEVAR SIN
QUE SE NOTE





POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



POLITO, DESPUES DE LEER UN LIBRO DE EMOCIONANTES AVENTURAS SE QUEDA DORMIDO. DE PRONTO SE HALLA A BORDO DE UN DIRIGIBLE CON DOS AMIGOS SUYOS Y DESCUBREN A UN POBRE VIEJO LUCHANDO CON UNOS SALVAJES. BAJAN LE SALVAN Y EL VIEJO QUE ES UN BUSCADOR DE ORO LES DICE QUE HA DESCUBIERTO UNA FANTASTICA CIUDAD DE ORO. LES DA UN PLANO Y SE DESMAYA. LE SIENTAN EN UN SI-LLON Y....

¡EL ENFERMO ESTÁ FUERA DE PELIGRO PERO HA PERDIDO LA MEMORIA! NECESITA QUIETUD Y MUCHOS CUIDADOS.

¡DICE ESTE POBRE VIEJO QUE LE HA COSTADO MUCHOS AÑOS DESCUBRIR LA CLAVE PARA HALLAR ESA CIUDAD DE ORO! ¿NO SERÁ UN SUEÑO DE ESTE HOMBRE?

¡OYE, CHINITO! ¿CREEES QUE UNA CIUDAD DE ORO HAYA PODIDO ESTAR OCULTA TAN POCOS AÑOS?

¡YO CREO QUE LO IMPOSIBLE ESTÁ SEPARADO DE LO IMPROBABLE POR SIETE ALTÍSIMAS MONTAÑAS!

¡CUANTO ME GUSTARÍA LLAMAR ESA CIUDAD! ¡MANDARÍA A CASA UN GRAN BARCO CARGADO DE ORO!

¡BIENOS ACORDAISHONORABLE CRIATURA DEL HOGAR EN QUE NACISTEIS! ¡NUNCA PODRÍA EL CORPULENTO ROBLE VIVIR SIN SUS RAICES!

¡EL MAPA QUE NOS HA DADO EL VIEJO NO SEÑALA LONGITUD NI LATITUD, ASÍ QUE NO SABREMOS COMO IR ALLÍ!

¡UN FUEGOCULTOSE DESE CUBRE POR SU HUMO! ¡BUSQUEMOS LA CLAVE QUE YA APARECERÁ!

¡SI ESE POBRE VIEJO NO HUBIERE PERDIDO LA MEMORIA NOS DARÍA LA CLAVE DEL PLANO!

¡HAY QUE CONFIAR EN QUE LA SUERTE ES VALIOSA COMPAÑERA DE LA VIRTUD!

¡HAY UNA CRUZ QUE SEÑALA LA ENTRADA DEL CAÑÓN PERDIDO PERO... ¿COMO LLEGAR A ESE CAÑÓN?

¡ESA BIDA QUE UNA PREGUNTA DIFÍCIL EXIGE UNA RESPUESTA PAUSADA!

¡MIRA, NUESTROS MOVIMIENTOS SON ESPÍADOS POR UN HOMBRE CON CARA DE CRIMINAL!

¿SABRÁ QUE POSEEMOS ESTE PLANO?

¡HA DESAPARECIDO Y NO SE VE ANADIE EN EL HORIZONTE!

¡VOO! RUIDO EN LA VENTANA!

¡EL MALO HUYÓ EMPLEANDO SUS MALHADADOS PIÉS!

¡LO QUE VOY A DECIR ES QUE NADA BUENO PODEMOS ESPERAR DE ESTE ESPÍA!

¡EL QUE ACECHA POR LAS MATAS VIENE A ROBAR EL CABALLO!

¡VENDRÍA A ROBAR NOS EL PLANO!

¡MIRAD LAS PISADAS DEL ESPÍA, TAN CLARAS COMO UN FARO EN UNA NOCHE DE BO-NANZA!

¡HOMBRE PREVENIDO VALE POR DOS! ¡LAS HORAS VENIDERAS PASARÁN POR MIS OJOS SIN CERRARLOS!

¡VOY A DECIRSE LO A TIO CIBIM!

CUENTOS DE CALLEJA

EL PESCADOR DE EMBUTIDOS

Cashillor



DOR qué prepara caña y anzuelo Paquito, el del piso segundo? No es tan fácil contestar a la pregunta como a primera vista parece, porque el tal Paquito no es aficionado a la pesca y nadie le ha visto jamás salir de casa con semejantes aparatos, ni menos sentarse a la orilla de un estanque para lanzar con certera mano el cebo que han de morder los inocentes pececillos.

Miradle cómo termina los preparativos. La caña es resistente; el anzuelo, fino y agudo, y el sedal, larguísimo: no parece sino que va a pescar desde el balcón de su casa.

En efecto, el muchacho avanza hacia una de las ventanas, se asoma cautelosamente, y luego se sienta descuidado. ¿Y el cebo? ¿Por qué no usa el cebo?

Mas, veamos lo que hace.

Ya se le animan los ojos; el pez que quiere coger debe estar en condiciones, porque el muchacho, con precipitación, suelta el sedal al patio, mueve la caña en varias direcciones, da una sacudida y tira. El anzuelo ha hecho presa, y debe ser voluminosa y pesada, a juzgar por lo tirante de la cuerda. ¡Buen pez!

Pero, ¿qué es eso? No es un habitante del mar, ni siquiera un modesto habitante de río lo que sube al extremo del anzuelo, sino una longaniza de media vara, más roja que una ampola. No ha sido mala pesca. Pero, ¿dónde la ha pescado? Porque cualquiera diría que en la atmósfera de aquella calle flotaban los embutidos como los peces en el agua. Mas, sigámosle observando. Paquito, que, según parece, no tiene bastante, afila el anzuelo y lo lanza de nuevo en aquel mar misterioso. Da otro tirón y sube esta vez una morcilla de tomo y lomo. Ya no cabe duda. Donde pesca Paquito es en el escaparate del salchichero de enfrente. Para esta pesca no necesita cebo. Tira nuevamente el anzuelo y ¡vaya un tiro que hace el sedal!

— Ahora sí—dice Paquito—que ha caído el salchichón gordo. Lo menos pesa dos kilos.



Se oyen unos furiosos maullidos que aumentan conforme sube el sedal, y aparece enganchado en el anzuelo, por el rabo, el gato del salchichero, rugiendo como un tigre. Apenas tomó tierra en el balcón, se lanzó bufando sobre Paquito y le dió un soberbio bocado en las narices y veinte arañazos en la cara. Como pudo se deshizo el muchacho de aquel sinapismo, y, repuesto del susto, continuó su ingeniosa tarea. Lanzó de nuevo el sedal, pero con tan poco tino, que el anzuelo fué a dar en la cabeza de una pobre señora, inquilina del piso bajo, que en aquel instante estaba cosiendo. Enredóse el anzuelo en la peluca de la inquilina; Paquito dió un tirón, y todo el moño artificial con que aquella señora ocultaba su calva salió volando por los aires, como si le hubieran nacido alas.

Levantó la cabeza la asustada señora, y vió subir su peluca atravesando el entresuelo y el principal con la velocidad del rayo, para ocultarse luego en un balcón del segundo; de ello no estaba segura, porque, a causa de haberle quedado la cabeza como un melón invernal, se puso a estornudar ruidosamente. Cubrióse la calva con un pañuelo y subió las escaleras de dos en dos, gritando:

— ¡Mi peluca! ¡Que me den mi peluca! ¿Dónde estará mi peluca?

Un vecino que la vió subir dando tales voces le preguntó la causa, y ella dijo:

— Figúrese usted que estaba cosiendo tranquilamente, cuando de pronto siento frío en la cabeza y veo subir por el aire mi peluca lo mismo que un globo, lo cual me hace sospechar que algún mal intencionado se ha apoderado de ella para hacer que me constipe.

El vecino, que era muy burlón, le dijo:

— Eso, señora Aniceta, es que tiene usted mucho humo en la cabeza y se le habrá calentado, por cuya razón se le ha subido la peluca, convertida en un globo aerostático. ¿Reparó usted si iba en él algún gimnasta?



La señora Aniceta, preocupada por su peluca, ni siquiera se enteró de las burlas del vecino.

A todo esto, Paquito, que, en vez de un salchichón, vió subir una peluca, comprendió que había errado el golpe, porque aquello no tenía traza de comestible.

—¿Qué hago yo con este adefesio?—se preguntaba, dando vueltas a la peluca en todos los sentidos.

Por fin, se la puso, riéndose de la gracia; en aquel preciso momento llegaba doña Aniceta.

Esta, en cuanto vió su peluca, se lanzó sobre ella como el náufrago a la tabla salvadora, mientras exclamaba:

—¡Pícaro! ¡Infame! ¡Quitarme la peluca que hace cuatro años costó de lance cuatro pesetas. ¡Toma peluca!

Paquito no sabía dónde meterse huyendo de las justas iras de doña Aniceta, hasta que, por fin, pudo salvarse corriendo como un gamo escaleras abajo.

No tardó menos de ocho días en salirle el susto del cuerpo; pero al cabo volvió a las andadas, llevado del deseo de enganchar una buena presa. Aguzó nuevamente el anzuelo, y sentándose a la ventana, cuando nadie le observaba, comenzó la célebre pesca de los embutidos.

Le traía preocupado un enorme salchichón que se balanceaba orgullosamente entre los demás embutidos, y que parecía decirle: «¡A que no me pescas!» Paquito ya no se pudo contener, y lanzó el anzuelo. Esta vez sólo pudo alcanzar un choricito muy pequeño, pero de un aspecto raro, que hacía presentir un bocado excelente.

—No—se dijo—, pues sin el salchichón no me quedo; es punto de amor propio para mí que el hermoso em-

butido haga su marcha triunfal hacia mi casa.

Y otra vez largó el anzuelo, mas con tan mala fortuna, que entraba en el piso bajo en el momento de asomarse el inquilino. Dió un tirón para sacarle, pero la aguda punta fué a clavarse en las narices del pobre hombre, y ¡claro!, como no le subiera en peso, no había medio de retirar la caña.



El herido comenzó a gritar desahoradamente. Paquito soltó la caña, abandonó la ventana y se metió precipitadamente en su habitación. Pensando hacer desaparecer los frutos de su rapiña, se comió apresuradamente parte del embutido pescado, empezando por aquel choricito de aspecto raro. El resto lo escondió.

Al poco rato llamaron a la casa. Era el choricero, que, con una venda en la nariz, solicitaba hablar con el padre del muchacho.

—Señor—dijo—, su niño es de lo más travieso que conozco. Con un anzuelo se entretiene en pescar los embutidos de mi tienda, y le aseguro a usted que me he enterado de ello por pura casualidad: la venda de mi nariz le demostrará cómo. Venía notando que desaparecían algunos chorizos, longanizas, salchichones, etc., y sospeché si sería obra de los ratones. Entonces fabriqué unas bolitas, a las cuales puse estricnina, con objeto de acabar con semejantes bichos, y he notado que sólo ha desaparecido una.

—Papá de mi alma—gritó en esto Paquito, que estaba escuchando la conversación—. Yo me muero, porque me he comido una de esas bolitas.

El padre, mediante un enérgico vomitivo, le hizo devolver la comida, y llamó al médico, el cual declaró que, sin aquel oportuno socorro, la muerte de Paquito hubiera sido segura. El padre del muchacho indemnizó al carnicero de las sustracciones y del daño que su hijo le había causado; y cuando a los dos o tres días pudo levantarse el niño de la cama, juró solemnemente no volver a pescar en salchichería ajena.

Es más, le cobró tal aversión a los embutidos, que por nada del mundo sería capaz de comerse un trozo de chorizo o de salchichón, y no hay guiso ni adobo capaz de hacerle tragar una rodaja.

Se acuerda de los dolores que le produjo la estricnina, y dice, parodiando al loco de Cervantes:

¡Guarda, que tiene veneno!

F I N



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón. ¿que quieres saber hoy?

—Hoy quiero que me digas, amigo buho, qué tiene que hacer un hombre cuando se tropieza con un león.

—¡Vaya una preguntita que se te ha ocurrido hoy, Chononcito! ¡Es para ponerle las plumas de punta a todos los buhos de la tierra!

—No sé por qué te ha de preocupar ni a ti ni a los demás buhos encontraros con un león. Si yo tuviera alas para volar, me importaría un bledo pasar por una selva que estuviera infestada de tigres y leones. Me reiría de su fiera, querido buho.

—Tú me has preguntado lo que tiene que hacer un hombre que se tropiece con un león, y yo te he dicho que la preguntita me ponía las plumas de punta. A mí, querido Chonón, me ponen las plumas de punta todas las impresiones fuertes, y el encuentro de un hombre con un león es una impresión fortísima, capaz de alterar los nervios al ser más insensible. ¿Es que si tú pudieras volar, te ibas a reír de la fiera de un león que atacase a un ser humano?

—Nada de eso. Al contrario, lucharía por ayudar a mi semejante, y si fuera posible, mataría a la fiera para salvar la vida de la pobre víctima.

—Eso ya es hablar de acuerdo con tus sentimientos humanitarios. El encuentro de un hombre con un león, con un tigre, con un búfalo, o con cualquier otra fiera en estado salvaje, es, por regla general, una cosa terrible.

—Dices por regla general, y esto me hace suponer que no siempre es terrible el encuentro.

—La fatalidad del encuentro depende de varias circunstancias. La principal, desde luego, es el hambre. Cuando las fieras están hambrientas, su acometividad es mucho más temible que cuando no sienten el aguijón del hambre. Otra circunstancia, también muy importante, es el instinto devorador de las fieras. Hay algunas que nacen con carácter pacífico y no atacan al hombre, y, otras, que la sola presencia de un hombre o de otro animal les enerva y acometen por el sólo instinto de destruir.

—Y esas fieras que dices tú que son pacíficas, ¿no pueden también convertirse en agresivas?

—Claro que sí; y ocurre muchas veces por causas que el hombre podría, hasta cierto punto, evitar.

—Explicame, a ver qué causas son esas.

—Voy a referirte un caso que yo mismo he presenciado escondido entre las ramas de un inmenso castaño, en un bosque de la India. Era al atardecer, cuando, por un camino que cruzaba el bosque, oí las esquilas de un rebaño de ovejas que conducía un pastor. Cuando el rebaño pasaba junto al árbol en que yo estaba, sentí un ruido brusco de algo que se movía entre los matorrales. De repente, saltó al camino un enorme tigre. Sin dar tiempo ni a verlo, echó un zarpazo y aprisionó bajo sus garras a una pobre oveja. La fiera rugía y miraba al pastor y al resto del rebaño como indicando que nadie se acercase a arrebatarle su presa.

—Yo no me hubiese acercado, desde luego.

—Y hubieses hecho muy bien. Es la actitud más prudente que se puede observar en un caso semejante. Todas las demás ovejas del rebaño huyeron a la desbandada por el bosque, y el pastor...

—¿No huyó también?

—Cometió la torpeza de querer hacer frente al tigre. Sin otra arma que una honda, empezó a apedrearlo, y tuvo la mala fortuna de darle una pedrada en la cabeza.

—¿Y a esto llamas mala fortuna?

—Malísima, porque sólo consiguió enfurecer al tigre, que, de un

salto, se arrojó sobre el pastor, lo derribó en tierra y, de unos cuantos zarpazos, le quitó la vida.

—¡Es horroroso!

—Aquel tigre no hubiese acometido al hombre, pues ya había hecho presa en la oveja y seguramente con ella se hubiese conformado, pero el pobre pastor, con el ansia de salvar la vida al pobre animal indefenso, sacrificó la suya propia.

—¿Y si hubiese llevado armas?

—De no estar resguardado en un sitio adonde no pueda llegar la fiera, es siempre una imprudencia querer hacerle frente. Su agilidad, su fiera, y sus medios de ataque son, en la mayoría de los casos, superiores a los recursos humanos.

—¿Qué hay que hacer cuando se tropieza con una de estas fieras?

—Observar, ante todo, su actitud, y si ésta es pacífica, pasar de largo, sin decir absolutamente nada. No correr, e ir prevenido con el arma al brazo para colocarse en guardia, en caso preciso.

—¿Y si se ve que la fiera quiere acometer?

—Entonces no hay más remedio que utilizar la violencia frente a la violencia y procurar asegurar bien la puntería para hacer buen blanco al primer disparo.

—Pero suponte, querido buho, que se ve uno sorprendido en un momento en que no se lleva encima ningún arma.

—Sería una imprudencia incalificable meterse por selvas y bosques poblados de fieras sin ir provisto de un magnífico rifle y de un bien templado machete. No creo que ni tú ni nadie se atreviese a tamaña aventura.

—Yo recuerdo haber visto en un circo un domador de leones que, a fuerza de gritos y haciendo chasquear un látigo, tenía a raya a cuatro de estas fieras.

—Los ruidos fuertes acobardan a veces a las fieras. Por eso se ha dado el caso de detener el avance de un león o de un tigre haciendo unos disparos al aire, o simplemente dando una voz potente e imperiosa. Pero estos casos son los más raros.

—Gracias a que van quedando relativamente pocas fieras, que si no, sería imposible la vida de los hombres.

—Esto te demostrará las condiciones en que se desarrollaría la vida humana en los tiempos primitivos. Habría que estar en lucha constante y serían innumerables las víctimas que morirían devoradas por los terribles animales de aquellos tiempos.

—¡Qué bien se vive en la ciudad de ahora! ¿Verdad, buho?

—No sé qué te diga. Hay cada automóvil, cada tranvía y cada carro, que son más temibles que un elefante furioso.

—¿Pero también los elefantes son temibles?

—¡Ya lo creo!

—No me has dicho una palabra hasta ahora.

—Tampoco tú me lo habías preguntado. Has de saber que no hay en el mundo ningún animal más terrible que un elefante feroz. Todo lo que tiene de manso, humilde y servicial cuando se le domestica, tiene de fiera y de destructor en estado salvaje. Sus colmillos y, simplemente, su peso son dos armas formidables. Cuéntase que en la India ha habido algunos de estos animales que ha llegado el sólo a causar la muerte a más de cincuenta indígenas.

—¿Es posible?

—Perfectamente posible.

—Cuéntame, cuéntame.

—Si no fuese tan tarde, te contaría algunas fechorías de este paquidermo, pero hay que dejarlo para otro día.

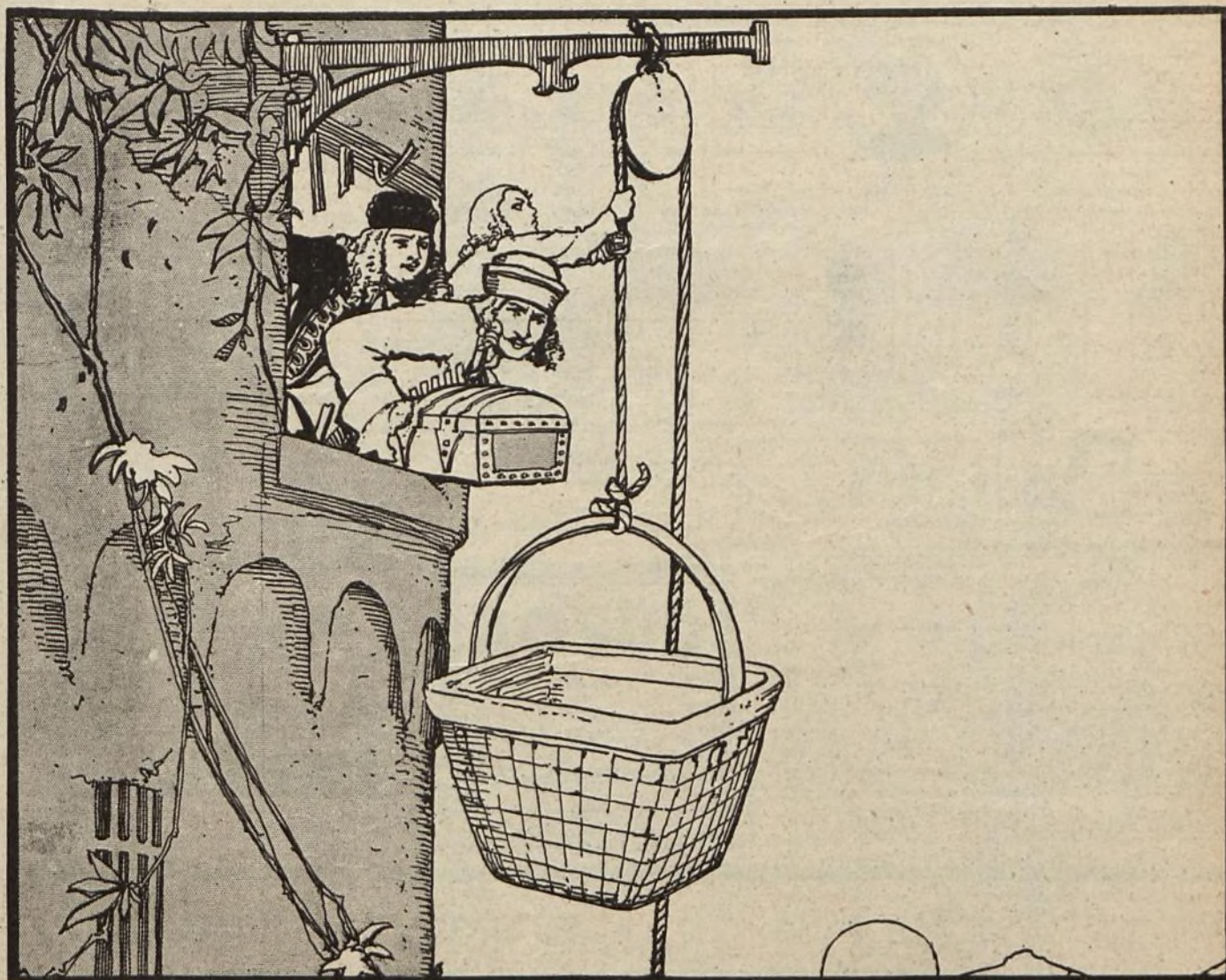
—Lo siento, pero qué le vamos a hacer.



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA EVASIÓN



Una vez, en un país lejano, cogieron prisionero a un príncipe y a sus dos hijos: un joven y una niña. El príncipe, que se llamaba Papalínof, pesaba 195 libras; su hijo, Meklindof, pesaba 105 libras, y su hermanita, Natacha, pesaba 90 libras. Los tres fueron encerrados en una torre, en unión de un cofre, en donde guardaban las ropas y un poco de dinero. Este cofre sólo pesaba 75 libras. Después de varios días de cautiverio, decidieron fugarse, y así lo hicieron, aprovechando una garrucha, una cuerda y dos cestos. El procedimiento para la evasión es poner en un cesto un poco más de peso que en el otro; esta diferencia de peso no excederá de 15 libras, pues se estrellarían, ya que es condición indispensable no emplear las manos para agarrarse a las cuerdas ni para bajar ni para subir. En un cesto no podrá ir nada más que dos personas, o una persona y el cofre, o una persona sola. La evasión se efectuará en 11 movimientos.

ROMPECABEZAS



He aquí 7 redondeles. Del nombre de cada uno de estos animales o cosas representado en estos redondeles, tomad una letra, y con estas letras formad dos nombres muy conocidos.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden colaborar en esta sección, pero es condición absolutamente indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.



Tin y Ton.
EMILIO DE ISASA.



Morronguis.
JUAN GIRALT.



Ocho estupendos dibujos por los hermanos
HERNÁNDEZ ROS.



Chapete reta a Pinocho.
JOSÉ CASANOVA.



Pinocho en misa.
EVENCIO DE CASTRO.



Un campeón.
N. MENÉNDEZ



Un ciego.
L. CAMPO.



Un tiesto.
ANTONIO ABADAL



Tipos inmortales.
JOSÉ PAREDES.



Don Turulato.
RAMÓN JARAQUE-
MADA.



El perro de Xau-
daró.—LOLITA
FERNÁNDEZ.



Un ángel.
PILAR
CEREZO.



Un Fiat.
F. CHÁVARRI.



Currinche en el hipódromo.
V. JOSÉ GIL.



Un «Dodge».
LOIS SANTURÉ.



Un pastor.
FRANCISCO P. MIRAVETE.



De paseo.
MANUEL NIETO.



Un vapor.
OCTAVIO ÁLVAREZ.



Una maja.
M.^a AMELIA NEYRA

CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

Pueden tomar parte este nuevo **Gran Sorteo de Regalos**, no sólo los suscritores, sino **todos los lectores de PINOCHO**. Los premios, como siempre, magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroen igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baul «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número publicaremos una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones publicados y remitirnoslos en la forma que entonces explicaremos. Por cada cupón que falte habrá que pagar un real, de modo que tened buen cuidado y guardarlos bien para que no falte ninguno al final.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número. Los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros números de la **Lotería de Navidad**, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro **Cuarto Gran Sorteo de Regalos**. Los demás detalles serán publicados oportunamente.

PINOCHO

SORTEO DE REGALOS
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º 10

SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE ENERO

NÚMEROS 98, 99, 100, 101 Y 102

¿DÓNDE ESTÁ EL PELICANO?



ROMPECABEZAS



Solución.—2 al 1, 5 al 2, 3 al 5, 6 al 3, 7 al 6, 4 al 7, 1 al 4, 3 al 1, 6 al 3 y 7 al 6.

SHERLOCK HOLMES



Las huellas eran de un hombre con dos pares de botas.

¿DÓNDE ESTÁN LOS GATOS?



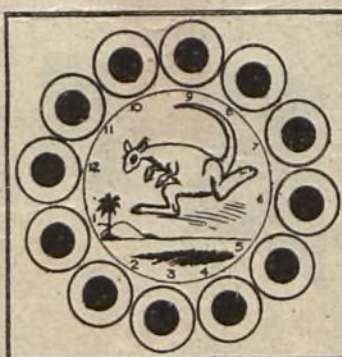
Cuatro gatos y tres gatitos pesan 37 libras.
Tres gatos y cuatro gatitos pesan 33 libras.
¿Qué pesa un gato y qué un gatito?
Un gato pesa 7 libras y un gatito 3 libras.

¿CUÁLES SON LOS ERRORES DE ESTE DIBUJO?



Hay un árbol con dos clases de hojas. La puerta tiene dos cerraduras. A las gafas de la señora les falta el puente. Al cubo le falta un asidero. Al delantal de la señora le faltan los tirantes. Los zapatos son de tacones desiguales. Los botones de la manga de la americana del niño están por dentro. El macetón colgante está sujeto de solo dos hilos. El canalón de bajada del agua es estrecho. La mano derecha del niño que anda sólo tiene cuatro dedos. El manillar del patin está mal.

EL SALTO DEL CANGURO



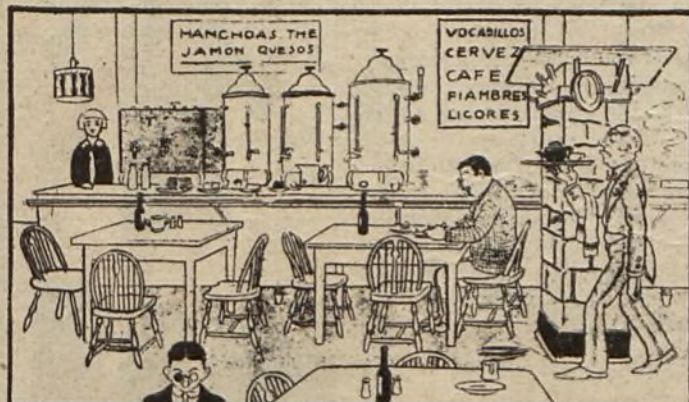
Salto: 12 al 3, 7 al 4, 10 al 6, 8 al 1, 9 al 5 y 11 al 2.

¿CUÁLES SON LOS ERRORES DE ESTE DIBUJO?



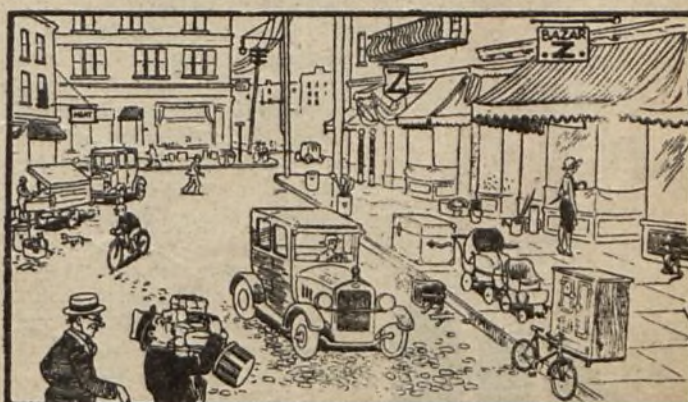
El reloj tiene las 5 con cifra romana. El eje de las agujas no está en su centro. A las gafas del dependiente les falta el puente. La aguja del peso debe señalar el cero. En el saco de patatas hay plátanos. Una señora lleva el collar roto. A la portezuela de la estufa le falta una bisagra. Al cubo del carbón le falta un asidero. A la estufa le falta una pata. La palabra bacalao está escrita con v.

¿QUÉ ERRORES HAY EN ESTE DIBUJO?



Anchoas está escrito con h. Bocadillos con v. Hay una silla con dos clases de patas. A una mesa le falta una pata. Un señor lleva cuello con una sola pajarita. Las gafas tienen un cristal blanco y otro negro. Una silla tiene en el respaldo número desigual de travesaños. El camarero lleva a la tirilla del pantalón por dentro. Los botones de la manga están también por dentro.

¿QUÉ ERRORES HAY EN ESTE DIBUJO?



El señor del sombrero de paja lleva el lazo de éste en el lado derecho. A una de las ruedas del automóvil le falta el cubo. Al baúl le falta una bisagra. Al asa de este baúl le falta un asidero. El auto lleva neumáticos de dos clases. No lleva número de matrícula. A la bicicleta le falta un pedal. La señorita lleva paraguas de hombre. A la bicicleta que monta el niño le falta la barra que debe unir el sillón a la rueda trasera. A un carrito de niño le falta la barra del asidero.



SECCIÓN PIRULA

ANÉCDOTAS DE PIRULA

Los bollitos del Rey. — En el siglo XVIII hubo en Polonia un Rey que se llamaba Estanislao Leczinski y que era extraordinariamente goloso. Lo cual

demuestra que esto de que haya reyes golosos y tragones, no siempre es cosa de cuentos. Antiguamente hubo reyes que permanecían sentados ante la mesa horas y horas tragando platos y platos—es decir, el contenido de los platos—en cantidades que os asombrarían. Pues bien, este Rey de Polonia, el señor Estanislao, era, por lo visto, uno de esos reyes tragones y golosos. Y en su Palacio Real se daban espléndidos banquetes, que eran memorables en todo el Reino, y para los cuales se movilizaba un verdadero ejército de cocineros y marmitones.

Pero cuando el Rey estaba sólo y no tenía invitados, nada le agradaba tanto como las golosinas que su vieja cocinera le preparaba; porque nadie conocía los gustos de Su Majestad tan bien como aquella buena mujer.

Una mañana el Rey Estanislao quedó gratamente sorprendido al ver que con su habitual desayuno, consistente en un magnífico tazón de chocolate, tostadas con manteca, mermelada, compota de guindas y un vaso de riquísima leche recién ordeñada, venían unos bollitos desconocidos.

Aquellos bollitos tenían un color y... un olor tan apetitoso, que Su Majestad, sin poderse contener, exclamó:

—¡Carapel, ¿qué bollos son éstos?

—Señor—contestó, inclinándose profundamente, el criado que le servía—, son unos bollos que acaba de inventar la cocinera y que somete a la aprobación del regio paladar de Vuestra Majestad.

—¡Pues están riquísimos!—exclamó el Rey con la boca llena.

Tanto le gustaron, que aquel mismo día envió como presente una caja llena de los deliciosos bollitos recién inventados a su hija, María Leczinska, esposa de Luis XV, rey de Francia. Y cuentan las crónicas que tal éxito tuvieron estos bollos en la Corte de Versalles, que la Reina se apresuró a pedir la receta a su augusto padre.

Y parece ser que no se la pidió por telegrama, porque el telégrafo no se había inventa-

do todavía. Los cortesanos propusieron dar a la nueva golosina el nombre de *Bollitos de la Reina*.

Pero ella prefirió que estos bollos llevaran el nombre de su humilde inventora, la vieja cocinera del Rey de Polonia.

Y esta buena mujer se llamaba—¿no lo habéis adivinado?—... ¡Magdalena!

Me doy perfecta cuenta de que, al leer la historia de *las magdalenas*, se os hace la boca agua. Seguramente estaréis deseando que os dé la receta para que mamá os haga una buena provisión de ellas. Pues bien, ¡palabra de Pirula!, esta receta os la daré en el número próximo.

PIRULA, MODISTA

¡Y que todos los años le ha de pasar lo mismo a Pilita!

Cuidado que mamá se lo advierte a principios de temporada:

—Como suceda este año lo del año pasado y el anterior, y el otro, y el otro... te aseguro, Pilita, que te mando a Madrid y te quedas sin acabar el verano.

Pero, ¡sí, sí! Pilita no escarmienta, y, a pesar de todas sus promesas y buenos propósitos, llega Agosto y... lo de siempre.

Que ¿qué es lo de siempre?

¿No lo sabéis?

¡Cómo se ve que no conocéis a Pilita!

Pues lo de siempre es que uno tras otro, con perseverancia digna de mejor causa, va destrozando todos sus trajes de verano y dejándolos fuera de combate completamente *knock-out*, como dice su hermano Toñín, que es un boxeador formidable.

Pero, ¡cómo ha de ser!, por esta vez—como las anteriores—mamá ha consentido en perdonar, aunque, eso sí, jurando que la próxima será implacable (mamá es muy severa siempre... para el año próximo). Y cádate a nuestra Pilita estrenando vestidos en el mes de Agosto. Claro que son vestidos de fin de temporada, y, por lo tanto, muy sencillitos y económicos.

Por lo mismo, quizás, doblemente gratos.

Ved, por ejemplo, éste de seda cruda o de *toile* de hilo, simplemente adornado con una trencilla encarnada (fig. n.º 1).

Este otro (fig. n.º 2) es de cretona florida; y dentro de pocas semanas, cuando lleguen los días frescos que anuncian el otoño, hará juego con él un abrigo (fig. n.º 3) de *reps*, adornado con idéntica cretona en las carteras y en las vuel-



Fig. 1ª



Fig. 2ª



Fig. 3ª